

a los individuos.

En conclusión, Félix Duque presenta la figura del pudor que, a mi juicio, puede entenderse de dos formas distintas. Por un lado, se puede concebir como el respeto y la aceptación del ser humano, de sus virtudes y defectos, pues, a ojos de Duque, el hombre es capaz de realizar grandes actos, pero también de provocar grandes males, siendo un ejemplo la banalización del miedo por parte de la industria del entretenimiento, que implica que gran parte de la sociedad evite este sentimiento. Un ejemplo de esto sería la opinión más extendida en la sociedad respecto a la guerra en Ucrania, ya que suelen coincidir en la misma idea: «Parece algo de ciencia ficción». Por otro lado, la figura del pudor se puede entender como el respeto y la conducta moral que se debe de tener frente a la muerte, es decir, la aceptación de que el ser humano es un ser finito y, por tanto, mortal. En general, es una muy buena obra para profundizar en la temática del miedo y existen otras muchas para seguir, siendo algunos ejemplos, *Terror tras la postmodernidad* de Félix Duque, *Ser y tiempo* de Heidegger, *La estética de lo feo* de Rosencrantz, y *Soliloquios o reflexiones morales* de Marco Aurelio.

ADRIÁN CARNICERO GARCÍA
Universidad de Salamanca

ESQUIROL, Josep Maria, *Humano, más humano*. Barcelona: Acantilado, 2021.

I

«Se necesita poco para vivir. Pan y canto»¹. Con este amable recordatorio comienza el último libro de Josep Maria Esquirol, *Humano, más humano* (Acantilado, 2021). Y con estas mismas palabras he querido iniciar esta su reseña, pues no se me ocurre mensaje más claro ni más oportuno que este. Lo creo oportuno porque, en un momento en el que las necesidades cotidianas se multiplican tan enloquecidamente, ofrece una resistencia a la lógica del progreso y del consumo, dándonos la oportunidad de pensar otra manera de vivir ahora. Y ‘claro’ porque en su sencillez resume bellamente lo esencial de toda una propuesta filosófica.

Humano, más humano, forma parte del itinerario filosófico propuesto por Josep Maria en dos de sus obras previas: *La resistencia íntima* (Acantilado, 2015) y *La penúltima bondad* (Acantilado, 2018). Entre las tres forman una constelación de conceptos que, remitiéndose los unos a los otros, permiten

¹ ESQUIROL, Josep Maria, *Humano, demasiado humano*. Barcelona: Acantilado, 2021, p.7.

pensar la vida humana y su condición de una manera muy próxima.

Próxima porque utiliza un lenguaje sencillo, sin complejidades innecesarias ni hermetismos, alejado de lo abstracto y atento a las concreciones. *Próxima*, también, porque se interroga por lo más cercano, por lo más profundo de nosotros mismos. Y *próxima*, incluso, porque vincula la propia vida con el cuidado del prójimo. La *filosofía de la proximidad* está dirigida a orientar la acción, a enaltecer la vida y la compañía, y a resistir tanto los embates de la falta de sentido, como los de la fe ciega en la técnica o en el mercado; tanto los del nihilismo más consumado, como los del consumismo más nihilizador.

El libro que nos ocupa es un ahondamiento en algunos de los conceptos más relevantes y luminosos de la filosofía de la proximidad, pero esto no evita que se pueda leer de manera independiente: al contrario, por centrarse en nociones clave, es quizá la mejor manera de entrar en el pensamiento del autor. En concreto, aquí Esquirol reflexiona sobre quién es el humano: ¿qué es lo más profundo de nosotros mismos?, ¿qué, lo más humano del humano? Su respuesta será: *nuestra herida infinita*. Lo más profundo del ser humano no es ningún tipo de poder o capacidad -como la de razonar, hablar, crear, cuidar o dar guerra-, sino una afectación, una conmoción. Lo esencial del humano no es *ser capaz* de nada, sino *estar afectado* por algo. Actuamos y vivimos porque estamos conmovidos, porque lo que nos afecta nos mueve. Pero esto no es una debilidad, y si lo es, es una debilidad deseable. Esquirol nos recuerda la historia de Abraham:

Ante la terrible -¡je *inhumana!*- orden divina de sacrificar a su hijo, Abraham se pregunta, perplejo y angustiado, qué tiene que hacer. Se siente desolado, se compadece y, espontáneamente, atribuye su debilidad al hecho de ser *humano, demasiado humano* [...] ¿Qué puede haber de más humano que una debilidad semejante? He aquí la tesis de este libro.²

Ser humano es tener el corazón tan grande y la piel tan fina que hacer daño duele. Por eso el título *Humano, más humano*, «expresa el horizonte filosófico merecedor de todos nuestros esfuerzos. Algo muy sencillo de expresar: ¡Ojalá el humano fuera todavía más humano!».³

No es difícil advertir que, además de un diálogo con Nietzsche, el título es también una réplica al transhumanismo y sus «golosas promesas de un *más allá* de lo humano».⁴ A propósito de esto, la postura de Esquirol es tajante:

¡Qué paradoja más triste: aspirar a y confiar en llegar más allá de lo humano

² *Ibid.*, p. 10.

³ *Ibid.*, p. 9.

⁴ *Ibid.*, p. 11.

y *quedarnos cortos en humanidad!* Es decir, perdernos, y no advertir que el horizonte más importante no se encuentra más allá -más lejos- sino más adentro.⁵

Sin duda el libro de Esquirol es un viaje a los adentros. Los conceptos que articulan la estructura de ese viaje son:

Alguien, que es el pronombre del humano; *intemperie*, que expresa la situación fundamental; *repliegue del sentir y herida infinita*, que expresan la esencia de la vida humana; *curvatura poética*, que perfila el sentido de la acción; y *reencuentro*, que indica el horizonte de toda espera. A la constelación principal se añaden otros puntos rutilantes igualmente significativos: *inicio, amparo, afueras, resistencia, juntura, canto, compañía...*⁶

A modo de pequeña muestra, trataré de exponer brevemente lo relativo a dos de esos conceptos: *alguien* y *herida*.

II. 1

El ser humano no es *algo*, es *alguien*. Y ser alguien significa merecer un nombre.

¿Cuál es el nombre del humano? El nombre de la especie cuenta poco, pues cada persona es un mundo. El humano no tiene nombre de especie que diga qué es. «No sé lo que soy, no soy lo que sé», escribía Silesius. [...] Cada persona es *alguien*. No responde tanto a la pregunta *¿qué es?* como a la pregunta *¿quién es?*

Alguien, alguien *otro*, otro *uno*.⁷

El pronombre ‘alguien’, expresa la singularidad de cada uno a la vez que borra las diferencias entre unos y otros. En este sentido, es equivalente a *persona, individuo* o *sujeto*, pero además, al igual que el *Dasein* heideggeriano -y de manera mucho más natural-, *alguien* incluye siempre la facticidad, el aquí y el ahora:

Si se dice: «hay alguien», enseguida viene: «¿dónde?» Y, sobre todo, lo que enseguida viene es: «¿quién?». Y, entonces, espontáneamente, respondemos con la aparente sencillez del nombre: «Alguien». «¿Quién?». «Ana»⁸.

El nombre del humano es siempre su nombre propio, su nombre de pila. Y hay algo maravilloso en el hecho de que alguien, en tanto que alguien,

⁵ *Ibid.*

⁶ *Ibid.*, pp. 12-13.

⁷ *Ibid.*, p. 19.

⁸ *Ibid.*, p. 20.

merezca nombre. Tener nombre es ser reconocido como humano, por eso no hay mejor revelación del humano que la del nombre. De ahí que no querer ponerle nombre a un niño, o arrebatárle el nombre a un adulto (como se hizo en los campos de concentración nazis) sean formas de extrema violencia.

La relevancia del nombre no debe, por otro lado, hacernos perder la pista de lo que verdaderamente importa: la profundidad de lo humano. No se trata del nombre en tanto que categoría gramatical, sino del reconocimiento. «Una mirada que te reconoce es ya una mirada que dice el nombre».⁹ Así que de nada sirve el nombre cuando sólo es una forma de respeto superficial: «lo importante es la manera con la que el nombre va hacia el rostro casi invisible, y cómo el rostro casi invisible expresa silenciosamente el nombre».¹⁰

Se da nombre a quien recién llega al mundo, a quien se estrena. Ser *alguien* es ser un *inicio absoluto*, y todos los determinismos culturales, biológicos, familiares... se anulan ante la singularidad que indica el nombre. Tanto es así que el nombre propio es la primera casa, el primer asilo de nuestro propio ser:

Recibir el nombre es una bendición: la primera y más importante cosa bien dicha que te llega. Hallarte y sentirte llamado revela la situación fundamental: en la intemperie, están los otros, que te dan nombre y que te llamarán por el nombre toda la vida. Ser inicio va junto con el hecho de que la primera palabra venga del otro.¹¹

Porque soy reconocido como alguien, se me da nombre; porque recibo el nombre, es decir, porque escucho mi nombre, yo mismo me lo doy; porque me siento llamado y mirado, hablo. En este sentido, la propia vida tiene forma de respuesta. Algo nos interpela y nosotros respondemos. Por eso la responsabilidad es un rasgo humano todavía más fundamental que cualquier poder.

II. 2

El poder, entendido como la capacidad de adaptarse al medio e incluso de transformarlo, ha sido y sigue siendo el centro de la mayoría de discursos que pretenden caracterizar al ser humano. Pensar en el futuro es casi siempre imaginar lo que *podremos* hacer, presuponiendo que lo más significativo de nosotros es el progresivo incremento de poder. Esto no es de extrañar, ya que una de las experiencias más básicas que tenemos de nosotros mismos es en cuanto *yo puedo*. No es que primero nos experimentemos como un yo, y después veamos que ese yo puede cosas; sino que nos vivimos como *puediendo* mover

⁹ *Ibid.*, p. 21.

¹⁰ *Ibid.*

¹¹ *Ibid.*, p. 24.

el cuerpo, como *pudiendo* imaginar, como *pudiendo* decidir... La experiencia del yo surge junto con la experiencia de la libertad y de la voluntad: *yo puedo querer*. Ahora bien, ¿significa esto que el poder es el núcleo más profundo de lo humano? Como ya he adelantado, Esquirol considera que no.

Nietzsche es quizá quien con más finura y vehemencia ha postulado el poder como lo más profundo y valioso del humano. Para él, el verdadero poder surgirá cuando el humano deje de ser tan humano, pero en cuanto puente hacia el *superhombre*, el humano es ya capaz de grandes expresiones de poder. La más magnífica de todas es, a su juicio, la capacidad de prometer, ya que hacer una promesa no es sino plantarse decididamente frente a la inseguridad del futuro: prometer significa estar dispuesto a sobreponerse a cualquier adversidad, a dominar el futuro y a uno mismo con tal de reafirmar lo que una vez se quiso. Dicho con sus palabras, la promesa es «un activo no-querer-volver-a-liberarse, un seguir y seguir queriendo lo querido una vez, una auténtica *memoria de la voluntad...*».¹² Ahora bien: ¿acaso la promesa es algo que surja espontáneamente del individuo libre y soberano? ¿No hace falta también *alguien* a quien le sea hecha la promesa? Y, ¿no hace falta también un *motivo* para prometer? Por supuesto, la promesa es una expresión de poder, pero antes que eso, es un síntoma de que algo nos afecta y de que alguien confía en nuestra palabra:

Llegamos así al punto crucial. La acción humana es principalmente *respuesta*. Más radical que el *yo puedo* es el yo que, al *pasarle* algo, responde. El poder no es una espontaneidad, sino una respuesta a lo que *nos pasa*. Sin duda, el perdón es la respuesta a una herida. Y la promesa, también.¹³

El poder se forja a partir de la afectación. «Es verdad que yo inicio, pero no desde la nada, sino desde la conmoción. [...] No es que desde mi supuesta libertad me haga responsable, sino que, al sentirme tocado, genero mi libertad y la oriento».¹⁴ Así pues, la estructura fundamental de la subjetividad quedaría expresada de la siguiente manera: «algo *nos pasa* -y *nos rebasa*-, y *respondemos*». En este sentido, el yo es siempre un *yo herido*, tan indivisible como el *yo puedo* y todavía más primordial. *Herido*, es decir, abierto y definitivamente tocado por algo que le acontece y lo constituye. La subjetividad surge de esta apertura; de esta vulnerabilidad; de esta afectabilidad; de esta

12 *Ibid.*, p. 49.

13 *Ibid.*, p. 54.

14 *Ibid.*, p. 55.

pasividad; en definitiva, de esta *sensibilidad*. Para expresar esta idea, Esquirol emplea el concepto *repliegue del sentir*:

Ser humano implica haber alcanzado un grado tan alto de apertura que la línea ascendente de la sensibilidad, de tan alta, se curva hacia abajo y se pliega sobre sí misma, dando lugar a más anchura, a más profundidad. Sensibilidad, pues, altísima y honda. Un sentir redoblado: he aquí lo humano.¹⁵

No solamente sentimos, sino que además sentimos que sentimos, nos sentimos sintiendo. Y no solo tenemos sensaciones físicas, sino también metafísicas. Estar afectado por el *abrazo de la vida* y por el *roce de la muerte* es estar herido por algo absolutamente trascendente. Y es aquí donde surge la vida interior (el sí mismo, la subjetividad, el yo): la amplitud de la interioridad se da junto con esta «afección honda e inédita a modo de herida. Repliegue del sentir y herida infinita se producen al mismo tiempo, y de pies a cabeza. El alma emerge como alma herida. El alma es mi vibración por la herida infinita».¹⁶

¿Quién es, entonces, el ser humano? *Alguien, que tiene nombre, herido por lo infinito.*

La herida infinita es, a la vez, una y múltiple. Esquirol propone pensarla como una cruz formada por cuatro cortes: el de la *vida*, el de la *muerte*, el del *tú* y el del *mundo*. La vida nos hiere profundamente, y a su herida la llamamos *goce*. La herida de la muerte produce *angustia*. El tú nos hiere con el *amor*. Y el mundo nos hiere produciendo *asombro*. Estas cuatro heridas forman una sola: la herida infinita, que es la fuente de nuestra subjetividad. ¿Por qué *infinita*? Porque ni el *abrazo de la vida*, ni el *roce de la muerte*, ni el *presente del tú* ni el *misterio del mundo* son determinables. Lo que más esencialmente nos afecta no es de este mundo, no entra en ningún campo intencional y, por tanto, es de alguna manera *infinito*, revelador de una especie de *profundidad* -o de *alteridad*- radical. Vivir es estar excedido por estas heridas, y aprender a vivir con ellas. Es imposible curarlas, pero exigen cuidado. En cierto sentido, la vida espiritual puede entenderse como el cuidado de la herida infinita. Y es gracias al cuidado y cultivo de las heridas que el humano puede llegar a *generar*. Acompañar y expresar lo que nos hiere implica a menudo una respuesta creativa, edificante. Prestar atención a la pasividad no es otra cosa que el paso previo a alimentar y orientar la actividad humana. Por eso la filosofía de la proximidad, lejos de abogar por el inmovilismo, tiene como núcleo el cuidado de la vida y la promoción de las buenas obras.

¹⁵ *Ibid.*, p. 61.

¹⁶ *Ibid.*, p. 62.

III

Para concluir, añadiré que lo expuesto en el apartado anterior no es más que una minúscula porción del contenido de *Humano, más humano*. En el libro, Esquirol aborda, además de la cuestión del nombre, otros aspectos significativos de *ser alguien* y desarrolla mucho más lo relativo a las cuatro heridas. Además, mientras que en esta reseña he optado por explicar solamente hasta la herida infinita (por ser el centro neurálgico del libro), Josep Maria prosigue su análisis enfocándose en la acción humana que corresponde al cuidado de tal herida. Como ya he dicho, la propuesta de Esquirol profundiza en la vulnerabilidad solamente para después desarrollar una filosofía positiva de la acción, de la creación, del cuidado y del habla, repleta de símbolos y parajes asombrosos en los que detenerse a pensar.

El día y la noche, el presente y la esperanza, la gravedad y la ligereza, la interioridad y la apertura... Todos estos conceptos encuentran su juntura, su articulación precisa en un libro que no deja de ofrecer altura y profundidad para la reflexión, así como tampoco cesa en su empeño de alimentar el fuego de la dulzura, el canto y la compañía.

Se necesita poco para vivir, pan y canto. El pan es, al igual que ocurre con la casa, imprescindible para sobrevivir a la intemperie. Pero la intemperie también es metafísica (las heridas más profundas lo son), y a la casa le hacen también falta ventanas con vistas al cielo. El pan responde a las necesidades físicas, y el canto a las metafísicas: es la manera de ahuyentar el miedo y de enaltecer el goce. Al amparo de la casa y del pan le siguen el cuidado del canto y la ventana. Así pues, *canto* es toda buena palabra que cuida las heridas o exalta lo bueno de la vida. Y, sin lugar a dudas, *Humano, más humano* es el canto que nuestra época necesita.

JOSÉ ANTONIO PUJANTE JIMÉNEZ

LARA, Francisco & SAVULESCU, Julian (eds.), *Más (que) humanos: Biotecnología, inteligencia artificial y ética de la mejora*. Madrid, Tecnos, 2021.

Les propongo un ejercicio para su imaginación. Pongan ustedes por caso que, debido a su propia disposición biológica, les cuesta mucho concentrarse. Cada vez que quieren pensar con detenimiento un tema concreto se hallan dispersos. Sus sentidos prestan atención a cualquier otro elemento de su entorno e, internamente, sus razonamientos apenas son capaces de conectarse